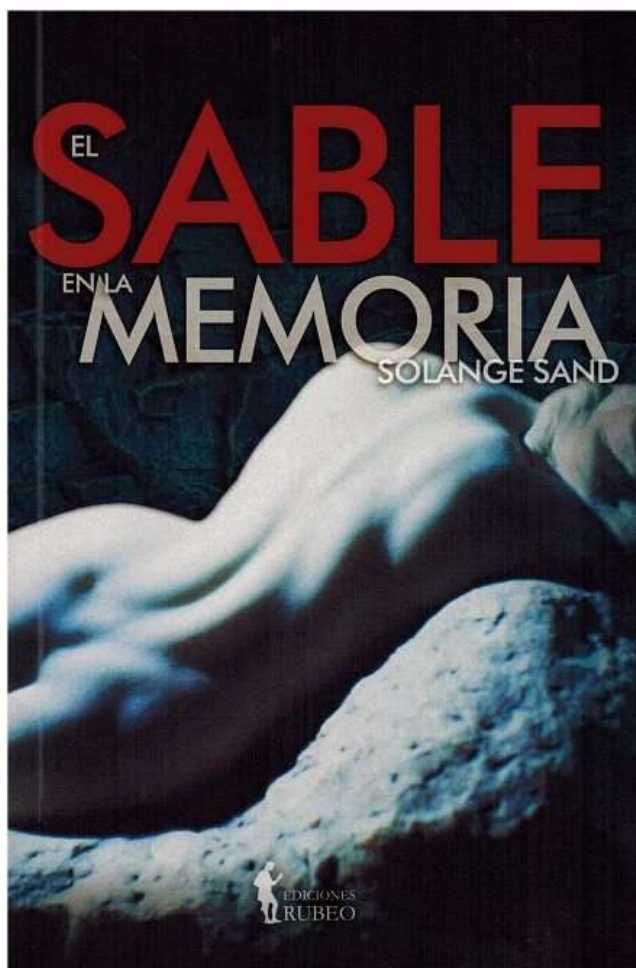


LA INOCENCIA PERPETUADA

Antonio Moreno Ayora

Es siempre una alegría descubrir un nuevo valor dentro de la narrativa. Supongo que en este caso de Solange Sand, que ha vivido en Madrid y en París y Valencia, lo más acertado es decir que es un valor incipiente de la narrativa cordobesa, pues en la población de La Victoria nació y buena parte de su biografía —como veremos— queda vinculada a esa tierra y a esa memoria. Y precisamente su novela, su cálida e intensa novela, se titula *El sable en la memoria*. Y aunque ha publicado otros textos, fundamentalmente de carácter ensayístico, es esta su *ópera prima* como novelista y, a juicio de sus lectores, una novela densa, muy bien escrita y trabajada al máximo en cada línea.



En ella el escenario inicial es París, y sus personajes dos, solo dos importantes, pues a su universo se ciñe el total de las 127 páginas que la componen. Estos personajes protagonistas son uno femenino, Lía, y otro masculino, Iam Apelton. Ellos van a funcionar desde el principio como un tándem de buen entendimiento y de pasión temperamental, pues no en vano en sus comienzos Lía confiesa que “Entre aquel hombre vestido de negro y yo la pulsión fue salvaje”. Apenas leídas una quincena de páginas, el texto va a adquirir una intensidad y una emoción desbordantes. Será una intensidad a la que se llega por varios caminos: el primero el del deseo y la pasión del amor desatada partir de una declaración tan abrupta como desbordada: “¡Lía, te deseo... Muero por hacerte el amor!”, a lo que ella responderá también con frases inflamadas. Pero paralelamente la novela va urdiendo igualmente un cálido ambiente cultural que va a ser

constante –igual que la pasión- a lo largo de su argumento. Tal ambientación está conectada con la literatura, el arte y la poesía, y los autores franceses sobre todo, pero asimismo españoles (Stendhal, Delibes, Clarín, Cortázar... y otros) estarán muy presentes. Por eso he decir, con toda rotundidad, que la novela es un ámbito donde se homenajea a la literatura, a su emoción y a sus fuentes de sensibilidad. Y como resulta que el protagonista y amante Iam Apelton es también escritor, pues he aquí el círculo perfecto: amor y literatura unidos como una misma y desbordada pasión.

Se hace necesario aclarar que *El sable en la memoria* tiene tres partes, y que, en consonancia con lo dicho, la segunda traslada su argumento a Bordeaux, con un breve pero bello primer párrafo descriptivo de frases cortas y ajustadas que serán ejemplo de la mayoría de las que, con ese ritmo, caracterizan la sintaxis de la novela. En Bordeaux la protagonista Lía se sincera muy pronto y habla de sus orígenes, de su pasado y del peso de la culpa. Lía se psicoanaliza continuamente ante el lector –no en vano la autora es doctora en Psicología- y confiesa (p. 65) que “Es necesario un grandísimo Valor para afrontar la Culpa”, confesión que además se apoya en la convicción de que “Quien no haya nacido en el fango, no puede ni siquiera imaginar un atisbo de su crudeza. La rudeza de su erial”. Por eso la memoria acaba siendo una de las razones de la novela (“La memoria que después de ese fin de semana tardaría en volver a contar”) y por supuesto el motivo fundamental de que toda ella se plasme en detalles de hechos, vivencias y recuerdos, pues todos en su conjunto nos ofrecen la particular y lacerante historia de una Andalucía rural asfixiada por el caciquismo y la incontinencia del abuso. La novela, con estos pasajes, llega a ser una verdadera catarsis personal y un revulsivo para la curación emocional. El lector comprobará que la vida, en este punto, se convierte en literatura, ya que, como dice Lía, nada de ese pasado se pudo comprender y compartir “hasta el momento de comenzar a escribir libros” (p. 68). Por estos caminos, además, la novela es una denuncia del pasado familiar y del cercano pasado colectivo que se ha denominado “la crisis”, o sea, ese abandono que -como se dice- “están padeciendo tantas y tantas otras familias, en situaciones extremas desde que comenzó la crisis” (p. 69). El realismo histórico queda patente también en frases como esta: “No hubo tiempo para algo más que no fuera trabajar, trabajar y trabajar” (p. 70).

Con el recuerdo del pasado republicano de los padres de Iam y con la descripción crítica de la Andalucía del señoritismo y de su sometimiento social sobrevenido, “de los ideales libertarios vencidos en la trinchera republicana”, el argumento avanza centrándose en una tercera parte -desglosada en cinco secciones- que revisará, entre otras cosas, los deplorables comportamientos burgueses o populares provincianos de Córdoba, dándose paso luego a nuevas vivencias en Madrid que desembocan en un esperado reencuentro dichoso pero a la vez frustrante de la enamorada, con su amor parisino. Y la novela,

que empieza en París en el verano del 2000, concluye en Madrid en la misma estación del 2010. No contaré el final, pero sí que, en su transcurso, junto al dolor íntimo motivado por las vivencias familiares y las experiencias vitales desgarradoras, la novela puede quedar como un dolorido grito ante un amor ecuánime y grandioso tal como atestigua esta declaración de su página 118: “Siento que me estoy perdiendo en esta entrega. Me duele tanto todo. No puedo soportar ya la vida sin encarnar este deseo encendido de amarte”. También dice Lía, en una de sus últimas revelaciones, que “deseaba con apasionado fervor llegar a ser escritora, pero en el fondo no me sentía segura”. Al menos la autora, Solange Sand, sí puede contar con esa seguridad y con la de que los lectores que conozcan esta obra primeriza, pero tan madura y auténtica, esperarán con interés, y pronto, una segunda novela suya, porque Solange Sand defiende la literatura por encima de todo como el estandarte más liberador y por ello sabe –y lo afirma en una de sus páginas– que “la literatura es la manera más plena de vivir”.